

Arabescos en torno del cetro

g



En el canto primero de la *Iliada*, y en una de las veces que Aquiles se dirige, en disputa, con violentas palabras a Agamemnon, jura un gran juramento por el cetro que tiene en la mano. Y dice así (verso 234): «Por este cetro, que ya jamás criará hojas ni ramos, pues que dejó en los montes el tocón, ni volverá a florecer: el cuchillo le peló hojas y corteza, y ahora los hijos de los aqueos lo llevan, como jueces, en las manos...» En la *Enéida*, Virgilio pone unas palabras parecidas, imitadas de esas, en boca del rey latino. ¿Qué era, pues, el cetro?

El cetro—*sceptum*, del griego *skeptron*—era un bastón, una cayada, y signo de autoridad. Era el palo con que imponía orden el jefe del pueblo y el del ejército, el cual no necesitaba llevar armas. Fué el progenitor del actual bastón de mando, aunque sin borlas entonces. Las borlas se las han puesto después, quitándole los clavos. Porque el cetro por el que juraba su gran juramento Aquiles, y que lo echó a tierra después de jurar por él, estaba claveteado con clavos de oro (verso 246). Hoy hay bastones que están así, claveteados en su puño. Sólo que entonces debía ser para hacer más daño con él cuando el rey lo esgrimía en reprimenda contundente y manejándolo como una pequeña maza.

Porque «cetro»—*skeptron*—, del verbo *skēptomai*, ^{apoyarse} ~~apoyarse~~, y el sufijo *-tro*, de instrumento, es instrumento de apoyo, aquello en que uno se apoya, o sea un bastón. Sólo que el rey o jefe tiene que esgrimir como arma repressiva el bastón mismo en que se apoya. Y como rey—*bariseleus*—significaba pastor del pueblo, usaba como bastón una cayada, con el mango curvo para poder coger por el pie a las ovejas que se descarriaban, echándoles zancadilla. Tal es el báculo o cetro episcopal. Y el que no tiene báculo, o *bacillus*—que es lo mismo—en que apoyarse, es imbécil—*imbecillus*—, esto es, sin apoyo de báculo o bastón, e inermé.

Guerra Junqueiro nos hablaba una vez de aquel cayado que va pasando de mano en mano de generaciones de pastores, como el cetro de la sencillez.

¿Quién no recuerda aquello de la Esfinge, de cuál es el animal que primero anda a cuatro pies, después a dos y, por último, a tres, refiriéndose al hombre, que de niño gatea y ya de viejo necesita báculo o cayado, cetro, para no quedar imbécil? Y la autoridad participa de la vejez. La autoridad, y más la regia, ni se apoya sino en bastón y a las veces en dos muletas—los partidos turnantes, en ciertos casos—ni se sostiene bien si alguna vez no lo esgrime. Y casos hay en que tiene que jurar por él, por el bastón, el gran juramento, y echarlo luego a tierra. Sin que la tierra tiemble al recibir el golpe del cetro. Mas un cetrado de cuando en cuando no se suele venir mal.

Al Cristo le pusieron en la mano un cetro de caña, un cetro en que no cabe apoyarse, un irrisorio cetro que no era tal cetro, es decir, apoyadero. ¿Quién va a apoyarse en una caña?

Y hay, sin embargo, algo más frágil para apoyarse en ello que no una caña, y es un rollo de papel. Tal una Constitución. Porque una Constitución no es más que un rollo de papel. Y de un rollo de papel no cabe hacer báculo. Hácense bastones, sí, ya que no de papel, de cartulina, pero es ensartando en alma de hierro discos de naipes de la baraja. En un bastón, o sea cetro, de rodajas de naipes de la baraja, de los que han servido para tallar al monte, es posible apoyarse, aunque con dificultad, porque esos bastones de naipes se doblan y falsean. ¡Pero en un rollo de papel!...

Un rollo de papel cabe esgrimirlo, pero es a modo de batuta, para dirigir una orquesta. Y entonces se convierte en una especie de cetro armónico u orquestal. Tal es una Constitución. A pesar de la cual, a merced a la cual acaso, desafinan los de la orquesta. Y es que es más difícil llevar la batuta de papel que apoyarse en un bastón de palo.

Sancho Panza, en la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad se entró con su amo en Sierra Morena, se quedó dormido sobre su rucio, con tan pesado sueño, que quienquiera que fué tuvo lugar a llegarse a él y suspenderle sobre cuatro estacas, a los cuatro lados de la albarda, de manera que le dejó a caballo sobre ella, y le





sacó de debajo al rucio sin que él, Sancho, lo sintiese (*Quijote*, parte segunda, capítulo IV), hazaña que llevó a cabo Ginesillo de Pasamonte usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando, estando Sacrispante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas (*Orlando Furioso*, XXVII, 84), según se dice en el capítulo XXVII de la misma segunda parte de nuestro libro.

Y esas cuatro estacas en que quedó apoyada la albarda del rucio de Sancho, no eran más que cuatro apoyaderos, o sea cuatro cetros. Merced a cuatro cetros, le robaron el rucio a Sancho mientras dormía. Mas el rucio mismo de seguro que no estaba dormido con su amo encima de él. Y hay que meditar en eso de que le saquen a uno de debajo sin que lo sienta el rucio sobre que descansa y se encuentre luego montado en una albarda apoyada en cetros. Que es peor aún que tener que apoyarse en dos muletas.

¿Y las borlas del bastón de mando? Esto de las borlas merece capítulo aparte. El cetro regio parece que no las tiene, que no tiene borlas. Y decimos que parece, porque no lo hemos visto nunca más que pintado. Ni hemos visto nunca cetro alguno, ni lo hemos sentido siquiera. Y ni aun hemos visto rasguear el aire con sus esguinces la batuta de papel constitucional. Sólo nos ha llegado a los oídos el horrible desconcierto de la desafinadísima orquesta.

¡Y es tan fácil encauzar el orden

no más que con una buena batuta! Se ponen a dar vivas o *viscas* y *mueras* o *cops de fals*, parece que aquello va a ser una batahola y a acabar en campo de Agramante; pero llega un hombre hábil, empuña una caña o vara de medir, la esgrime a modo de batuta, y al poco rato los vivas o mueras, los *viscas* o *cops de fals* se ordenan y armonizan en coro, y todo se disuelve en armonía orfeónica. El orfeón es una de las invenciones más profundamente conservadoras y uno de

los cimientos del orden. Maragall, nuestro gran poeta bérrico—bérrico, como Guerra Junqueiro, más que catalán el uno y portugués el otro—; Maragall, en su poema *El Comte Arnau* al hablarnos del fin de éste, del donde Arnaldo nos dice cómo tenía éste el alma a merced de una canción, y cómo cantando nació la infancia y descantando la redención, y termina:

*Lo que la mort tanca y captiva,
sols per la vida es deslliurat;
basta una noia amb la veu viva
per redimir la humanitat.*

Y si basta una muchacha con voz viva para redimir a la Humanidad, mucho más basta una caña o vara de medir, que a su modo es también un cetro—en ella se apoya el negocio—, bien esgrimida, a modo de batuta coral, para convertir un motín, y hasta una revolución, en un coro orfeónico.

¡Ah, si los que se apoyan en cetros, claveteados o no con claves de oro, supieran siempre manejarlos a modo de batuta orfeónica! ¡Aunque eso de pasarse la vida cantando...!

MIGUEL DE UNAMUNO

